

Tres textos sobre Manuel Ugarte

www.elortiba.org

1. Manuel Ugarte, el precursor, Por Rodolfo Puiggrós
2. Manuel Ugarte y el socialismo latinoamericano, por Carlos Suárez
3. El Congreso Panamericano de Buenos Aires, por Manuel Ugarte



1. MANUEL UGARTE

El precursor

Por Rodolfo Puiggrós

En junio de 1896 se fundó en la Argentina el Partido Socialista. Vivía el país en plenitud la etapa del trasplante de pedazos de Europa, como lo había programado el inspirador de la Constitución de 1853, Juan Bautista Alberdi. Llegaban masivamente capitales y mano de obra que desarrollaron un sistema económico agroexportador, dependiente de Gran Bretaña. También transmigraron las ideologías políticas del Viejo Mundo occidental. Los recién llegados izquierdistas inculcaron en sus primeros conversos la concepción de un capitalismo universal homogéneo al que oponían un socialismo universal también homogéneo. Recogieron del liberalismo cultivado por la

oligarquía terrateniente e ilustrada la división de los pueblos en civilizados y bárbaros. Civilizados eran para ellos Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Alemania, porque el elevado nivel de la educación pública permitiría pasar, según esperaban, del capitalismo al socialismo pacífica y progresivamente. Confinaban a la Argentina y a toda América Latina en el submundo de la barbarie, cuyo atraso social requeriría una labor pedagógica a la que se consagró el Partido Socialista. El doctor Juan B. Justo, su fundador, aspiraba a formar un "proletariado inteligente y sensato", que salvara al país de la baja "política criolla", y a aducar al ignaro pueblo en las ideas morales del socialismo. Junto a ese proletariado socialista preveía la presencia de un "capitalismo inteligente y avanzado" para que ambos -aquél conquistando posiciones y éste cediéndolas- impulsaran la evolución pronosticada por su maestro Eduardo Bernstein: "una disminución relativamente progresista en el número de capitalistas y una riqueza creciente del proletariado".

El doctor Justo negaba con obstinación la existencia del imperialismo y, por lo tanto, de países coloniales y dependientes. Sólo admitía la antítesis civilización y barbarie. Pensaba que era indispensable civilizar primero a los pueblos para implantar el socialismo. Uno de sus discípulos ortodoxos escribía más tarde que "caemos en el absurdo nacionalista si vemos una desgracia en la acción coordinada del imperialismo".

Tales eran las ideas predominantes en el Partido Socialista, cuando Manuel Ugarte se adhirió a él, en septiembre de 1903, en una conferencia pública.

La Polémica

El ingreso de Ugarte al Partido Socialista coincidió con la invasión de los Estados Unidos en varias naciones de Nuestra América, después del anuncio del secretario de Estado, Richard Olney, de que la doctrina de Monroe significaba que su país era soberano en el continente y sus deseos debían interpretarse como órdenes. El neófito hizo oír su voz de condena con la esperanza de que fuera recogida por sus compañeros, pero La Vanguardia, órgano oficial del Partido, aprobó el desgarramiento de Colombia y la edificación del Estado de Panamá, por donde debía pasar el canal del imperialismo. Escribía Juan B. Justo:

"Mucho y bueno tenemos que aprender del gran pueblo norteamericano. Como todas las repúblicas sudamericanas, este país (Colombia) estuvo mucho tiempo convulsionado por las guerras civiles. El canal de Panamá contribuirá probablemente a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas".

Manuel Ugarte le respondió:

"Protesto contra los términos poco fraternales y contra la ofensa inferida a esa república, que merece nuestro respeto no solo por sus desgracias, sino también por su pasado glorioso y su altivez nunca desmentida. Al decir que Colombia entrará 'de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas', se establece que no lo ha hecho aún, y se comete injusticia dolorosa contra ese país, uno de los más generosos y cultos que he visitado durante mi gira."

De su viaje por el continente, Manuel Ugarte extrajo conclusiones que esclarecieron definitivamente sus ideas. "El hecho indestructible -diría- es que sacrificando las doctrinas para preservar sus intereses, los Estados Unidos, preparan la dominación mundial para la cual se creen elegidos". Comprobó que Nuestra América "encerraba una vigorosa tendencia nacionalista, pero no en el sentido de expansión, sino en el sentido de defensa", tendencia que le convenció de que el socialismo debía partir de las realidades nacionales y latinoamericanas.

La expulsión

La Vanguardia se llenó de insultos al rebelde que desafiaba su dogmática seudosocialista; "Ugarte viene empapado de barbarie, viene de atravesar zonas insalubres, regiones miserables, pueblos de escasa cultura, países de rudimentaria civilización. Y no viene a pedirnos que llevemos nuestra cultura litoral a nuestro norte atrasado para extenderla después, si se quiere, más al norte. No. Viene a pedirnos una solidaridad negativa, una ayuda de guerra para combatir por la hostilidad sin objeto a los Estados Unidos. Quiere complicarnos en el atraso político económico y social de esas pobres repúblicas que están a nuestra

cabecera sacudidas por sus males internos, quiere la regresión para nuestra patria... ¿Y qué es, nos preguntamos los socialistas, el peligro yanqui comparado con la anarquía interna de tales naciones?"

Juan B. Justo alabó las guerras coloniales en las páginas disparatadamente antológicas de Teoría y Práctica de la Historia (Buenos Aires, edición de 1931, pags. 125 y siguientes), libro que guió los pasos de su partido. Leemos: "Con un esfuerzo militar que no compromete la vida ni el desarrollo de la masa del pueblo superior (?), esas guerras franquean a la civilización territorios inmensos. ¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en Africa porque se acompaña de crueldades? ¿Pero vamos a reprocharnos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la pampa? Nada extraño, pues, que a mediados del siglo pasado, la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones (?), sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba... No puede atribuirse a otra causa el hecho singular de que apenas libres del gobernador español, los cubanos riñieron entre sí hasta que ha ido un general norteamericano a poner orden y mantener en paz a esos hombres de otra lengua y de.....(incompleto :error de impresión).....

.....Era la torpe apología del imperialismo norteamericano. Ugarte se reveló altiva y energicamente. Decía en El porvenir de America Latina (segunda edición) pags. 153: "Los cerebros más independientes, los hombres más fríos tienen que simpatizar con el Transvaal cuando se opone a la arremetida de Inglaterra, con Marruecos cuando se encabrita bajo la invasión de Francia, con Polonia cuando, a pesar del reparto, tiende a reunir sus fragmentos en un ímpetu admirable de bravura, y con América Latina cuando contiene el avance del imperialismo que se desencadena sobre ella para ponerle un collar de protectorado y arrastrarla hacia el trust, hacia el prejuicio de raza y hacia la paradoja culpable de la dominación universal".

Insistía en El Destino de un Continente (pág. 53):

"Para nosotros no existe ni arbitraje, ni derecho internacional, ni consideración humana... Así se instalaron los ingleses en Las Malvinas o en la llamada Honduras Británica, así prosperó la expedición del archiduque Maximiliano, así se consumó la expoliación de Texas, Arizona, California y Nuevo México. Estamos asimilados a ciertos pueblos del Extremo Oriente, o del Africa Central, dentro del enorme proletariado de naciones débiles, a las cuales se presiona, se desangra, se diezma y anula en nombre del progreso y la civilización.

El hereje fue expulsado del Partido Socialista en circunstancias que engrandecen su figura; se disponía a partir a México a "contribuir a la defensa y a competir la suerte del pueblo hermano", entonces amenazado por una intervención de los Estados Unidos, cuyo presidente Teodoro Roosevelt, el del big stick, visitaba Buenos Aires y La Vanguardia se complacía de la "sencilla y estusiasta recepción" de que había sido objeto (6 de noviembre de 1913).

Lejos de su Patria, escribió más de cuarenta libros. Pronunció decenas de conferencias en memorables giras por el continente. Así vivió entre el deseo de actuar y el empujón de los que no querían que actuara, entre su impulso hacia la clase obrera, como eje de la emancipación de nuestros pueblos y los trepadores que le cerraban el paso. Así vivió hasta los 70 años, fiel a

su divisa: "Creo que el socialismo debe ser nacional". Era hombre sin compromisos, fuera del compromiso con su pasado de infatigable luchador antiimperialista. Mientras los discípulos de Juan B. Justo se asociaban con el embajador norteamericano Spruille Braden, el general Perón lo designaba embajador en México. Una calle de esta ciudad lleva su nombre y un mural de la Universidad de Guayaquil, entre las figuras de los grandes de América Latina, aparece la suya.

Su largo combate explica lo esencial de la historia argentina de este siglo. Ojalá hubiera vivido para asistir al desenlace triunfal



2. MANUEL UGARTE Y EL SOCIALISMO LATINOAMERICANO

Por Carlos Suarez

Periódico "El Día", Domingo 20 de Abril de 1975.
Suplemento Dominical "El Gallo Ilustrado"

Hacia fines del siglo XIX y a impulsos de una mayoría de inmigrantes europeos, se constituye el Partido Socialista de Argentina. En su organización participan figuras de alto nivel intelectual, como es el caso de José Ingenieros y Roberto J. Payró, a los que bien pronto se suman jóvenes reconocidamente brillantes en el campo literario y político de la época: Alfredo Palacios y Manuel Ugarte, entre otros. No obstante tales aportes, incrementados a lo largo de los años por sucesivas promociones universitarias, el Partido Socialista nunca trascendió los límites de la ciudad de Buenos Aires y de algunos municipios aislados del país. ¿Cuáles fueron los motivos de su desconexión de las grandes masas, especialmente las provincianas? En las respuestas se hallan las causas de una frustración de importante gravitación en el desarrollo político argentino y también el sentido de la trayectoria señera, pero a la vez solitaria y olvidada de Manuel Ugarte en el panorama nacional y latinoamericano.

La colonización capitalista tuvo como protagonista principal en los países rioplatenses - Argentina y Uruguay- al imperio británico. La debilidad española, cuya inferioridad frente a Inglaterra era mucho más económica y comercial que militar, obligó al decadente reinado de los Borbones a ceder ante los impulsos librecambistas de su dual aliado en la guerra contra Napoleón. Y eso implicaba el fin para España incapaz de competir con el desarrollo industrial inglés, necesitado de lograr un abastecimiento regular e idóneo de materias primas, al mismo tiempo que urgido de colocar sus manufacturas en los mercados del nuevo mundo. La irrefrenable entrada de mercancías europeas a Iberoamérica provoca la ruina de las incipientes industrias locales, todavía en la etapa artesanal en su mayoría, y el fortalecimiento de las burguesías comerciales portuarias. De allí en más, esas clases parasitarias estarán indisolublemente ligadas al imperio de turno, operando como correas de transmisión de los intereses colonialistas, que por su parte apoyarán a los irrepresentativos gobiernos garantes de su dominio y explotación.

En Argentina cumplió ese papel durante gran parte del siglo XIX el Partido Unitario. Dicha agrupación, cuyos máximos dirigentes fueron Bernardino Rivadavia, Bartolomé Mitre y Domingo Faustino Sarmiento, concibió el desarrollo nacional como una prolongación acrítica de las instituciones liberal-positivistas de Gran Bretaña y Estados Unidos, razón por la cual adjudicó la categoría de "bárbaros" a todos aquellos que pretendían organizar al país a partir

de sus particularidades y de la voluntad mayoritaria de las masas populares y de "civilizados" a los copiadores de las constituciones y leyes anglonorteamericanas. Las derivaciones y consecuencias se reflejan en sesenta años de guerra civil, proyectadas incluso en conflictos como el de la Triple Alianza, donde los ejércitos coaligados de Argentina, Uruguay y Brasil destruyen el intento nacionalista revolucionario de Francisco Solano López en nombre de la democracia y la libertad.

Los socialistas argentinos heredan ese pensamiento al considerar a los países latinoamericanos como bárbaros, y de ello infieren que la colonización capitalista representaba un paso adelante en su progreso y desarrollo. Adheridos a la concepción socialdemocrática, no cuestionaban al capitalismo en tanto sistema sino a sus abusos, de lo que se desprendía una línea de acción reformista, parlamentaria, con objetivos que no iban más allá del mutualismo. Cabales antecesores de los desarrollistas de nuestros días, estimaron que las formas del expansionismo imperialista eran un mal necesario para las republiquetas del Iberoamérica y las colonias de Asia y África. "Así quedan explicadas las justificaciones del partido que dirigía Juan B. Justo a las aventuras militares de Gran Bretaña en la India y de Estados Unidos en México, Santo Domingo, Haití, Panamá, etcétera. En La Vanguardia, órgano oficial de la agrupación se afirmaba el 20-7-1913: "Hoy celebra el 103 aniversario de su independencia la República de Colombia. Como todas las repúblicas sudamericanas este país estuvo, durante mucho tiempo, convulsionado por las guerras civiles. Panamá contribuirá probablemente a su progreso, entrando de lleno en el concierto de las naciones prósperas y civilizadas".

O sea, que para estos socialistas solamente después del despojo consumado por Estados Unidos en perjuicio de Colombia, podía el país originado en la segregación entrar de lleno al mundo civilizado. No es difícil de entender el tipo de discrepancias que los sectores más avanzados tenían con esa esclerosada secta de pequeño burgués proimperialista, quienes sucesivamente expulsaron o aplicaron sanciones a Ingenieros, Palacios y Ugarte, dado que éstos intentaron, fundamentalmente Ugarte, conectar al socialismo con las masas nativas. Pero como esto implicaba unir las reivindicaciones nacionales con las sociales, para así producir la síntesis de un latinoamericanismo revolucionario, los admiradores de los imperios democráticos forjaron la leyenda negra de infundios y calumnias hacia los "nacionalistas burgueses" y defensores de la "política criolla" que aspiraron a que el socialismo fuera enarbolado por las mayorías populares, y no a cristalizarlo en una sigla vacía de contenido y permanentemente asociada al cipayismo colonialista.

Juan B. Justo, a quien sin exagerar podemos ubicar en las antípodas del pensamiento y la acción de Manuel Ugarte, era un cultor del evolucionismo basado en las doctrinas positivistas del siglo XIX, que nunca reconoció a Latinoamérica ninguna posibilidad de desarrollo político, económico y cultural autónomo. Al visualizar a un sistema capitalista uniforme en todos los continentes y naciones, sin detenerse a considerar las diferencias entre las estructuras de las potencias industriales y las colonias o semicolonias que entraban violentamente, coaccionadas

las más de las veces por la agresión militar, a formar parte de un mundo sometido a las directivas monopolistas, pero en el que seguían subsistiendo formas precapitalistas y singularidades nacionales de diverso orden, Justo y sus seguidores terminaban por ser la variante pseudoizquierdista de la estrategia colonial inglesa en Argentina. Coincidiendo con Bernstein, planteaban para el país la siguiente fórmula: "Una disminución relativamente progresista en el número de los capitalistas y una riqueza creciente del proletariado o una clase media más numerosa; tales son las únicas alternativas que permite examinar el continuo aumento de la producción". Tal percepción del sistema que ya había entrado en su fase monopólica y que llevaba los antagonismos sociales y nacionales a extremos que culminarían en la Primera Guerra Mundial, originó la táctica del Partido Socialista dirigido por Justo y Repetto, inmovilizable en su creencia de la supresión de las contradicciones a través de reformas legales y del estímulo al cooperativismo, sin dejar de lado en primerísimo término, la introducción de la manufactura europea o estadounidense "para así abaratar el costo de la vida de los trabajadores".

Rodolfo Puiggrós dedicó un libro - La izquierda y el problema nacional- al análisis de un comportamiento característico de los partidos Socialista y Comunista en la historia argentina. Refiriéndose a los socialistas, expresa: "Si el capitalismo tendía, como pensaba Bernstein y admitía Justo, a la distribución de las riquezas entre un número cada vez mayor de poseedores, en vez de concentrarse en monopolios industriales y financieros, y si ese era el camino que conducía por evolución al socialismo, tanto daba el capital extranjero, como el capital nacional, el capital que extraía y elaboraba nuestras riquezas para beneficio de centros extranjeros de poder, como el capital acumulado e invertido en el país. Uno y otro evolucionaría hacia el socialismo mundial. Es cierto que Justo y Bernstein admitían la existencia de monopolios y trusts, pero opinaban que ellos favorecían la distribución del capital en acciones entre 'un número creciente de capitalista de toda categoría' (...) Obsérvese la semejanza de esta teoría con la de Alexis de Tocqueville de aburguesamiento de la humanidad".

Tales posiciones ubicaron al Partido Socialista en una irreductible encrucijada política: enfrentar al conservadurismo gobernante en el terreno legal (avalando así las prácticas electorales fraudulentas y represivas de la oligarquía nativa) desviando del cuestionamiento integral de las estructuras semicoloniales vigentes a importantes sectores de la intelectualidad pequeño burguesa y de la incipiente clase trabajadora urbana (en su mayoría de origen inmigratorio y dedicada a las tareas artesanales o de la plataforma de servicios). Al mismo tiempo, el desprecio de las corrientes nacionalistas, expresadas en aquella época por la Unión Cívica Radical, aislada al Partido Socialista del grueso de las clases medias y las peonadas del interior. Es así que Manuel Ugarte, formado de acuerdo a los principios liberal-positivistas difundidos por la oligarquía gobernante en los institutos educativos, adhiere en su juventud a una suerte de socialismo romántico, más vinculado a sus inquietudes de mejoramiento gradual de la sociedad que a la situación concreta del país y de sus clases oprimidas.

A ello alude Norberto Galasso en su biografía del gran luchador latinoamericano: "Durante el año 1895 (tenía en ese momento veinte años), Ugarte ha leído intensa y concienzudamente. El espíritu del siglo XIX ha penetrado en él y los principios de la Revolución Francesa son su bandera. Los derechos del hombre y del ciudadano, la libertad de pensamiento y de expresión, el parlamentarismo y la división de poderes, el culto a la ciencia y el repudio a todo blasón de casta son verdades profundamente arraigadas en el joven poeta". Intensamente influenciado por el uruguayo José Enrique Rodó, encontrará en la Revista Nacional un apoyo y una guía para resistir al generalizado afrancesamiento cultural de la época. La intuición de Ugarte lo lleva a sostener planteos más nacionales, pero serán el peruano Santos Chocano, el venezolano Blanco Fombona, el boliviano Jaime Freyre y el argentino Leopoldo Días, entre otros, quienes le aportan elementos que afinan sus orientaciones. Y a partir de esa empeñada búsqueda de caminos originales y pensamientos enraizados en las tradiciones populares latinoamericanas, encontrará Ugarte las bases olvidadas u ocultas del verdadero drama de nuestra América semicolonial, ya presentes en las luchas y el sacrificio de San Martín, Hidalgo, Bolívar, Artigas, Martí y todos los demás precursores de la primera independencia.

La Revista Literaria, que funda y dirige Ugarte en Buenos Aires, recoge desde sus comienzos las colaboraciones de latinoamericanos de diversos países, entre los que cabe destacar a Ricardo Palma y el ya citado Rodó, quien le escribe en abril de 1896: "Aludo al sello que podemos llamar 'internacionalidad americana' impreso por usted a esa magnífica publicación por el concurso obtenido de personalidades que llevan a sus páginas la ofrenda intelectual de diversas secciones del continente. Lograr que acabe el actual desconocimiento de América por América misma..." Pese a su exagerado espiritualismo, que al oponer los valores de un romántico bastión moral a las fuerzas materiales del capitalismo norteamericano en plena expansión, concluyó en ciertas actitudes reaccionarias, Rodó es de los primeros pensadores sudamericanos que rescata las figuras históricamente distorsionadas de Artigas y Bolívar, a la vez que señala como objetivo el de la reunificación latinoamericana. Bien pronto al estímulo de Rodó se suma el infatigable luchador por las mejores causas de nuestros países, Rufino Blanco Fombona, que le manifiesta en términos cordiales: "Su revista merece bien de la América porque tiende a estrechar lazos que en vano las distancias nos aflojan. Pronto a partir a Holanda al servicio de mi gobierno, pláceme agradecerle su invitación para escribir en la Revista, que acepto gustoso y para exhortarle y aplaudirle en su noble y generosa propaganda americanista".

El rumbo invariable de Manuel Ugarte comenzaba a trazarse. Durante más de cincuenta años lo transitó con firmeza, consecuencia e insobornable conducta latinoamericanista. La incompreensión y los ataques calumniosos lo acompañaron siempre, como a todos los precursores. Pero sus banderas también fueron recogidas por las juventudes e importantes sectores populares. Posteriormente, los trabajadores de su país argentino y de su Patria Grande, América Latina, transformarían sus anticipaciones en fuerza política organizada para llevar al triunfo las ideas del cruzado socialista de nuestras repúblicas indolatinas.

Por la reconstrucción de Latinoamérica

Los partidos socialistas latinoamericanos, quizá con la excepción del chileno y la primera etapa del peruano, influenciado por Mariátegui, adoptaron sin mayores discusiones la línea trazada por una Internacional que ya marchaba hacia la vergonzosa claudicación de la Primera Guerra Mundial. Para estos partidos, como ha quedado establecido en el caso del argentino, el problema nacional latinoamericano carecía de importancia y la cuestión social debía resolverse aplicando las soluciones preconizadas en Europa. Si los europeos apenas disimulaban su adhesión a la expansión colonial, y eran considerados los maestros, qué podía esperarse de los mecánicos repetidores de nuestro continente. Esa tendencia quedó al descubierto en el congreso de la Internacional Socialista, realizado en Stuttgart (1907) y apenas si fue derrotada por la participación de Lenin, Rosa Luxemburgo, Ferri y el mismo Ugarte, delegado argentino.

Al abrirse el debate sobre la cuestión colonial el delegado holandés Van Kol dice textualmente: "Hacer política colonial no es necesariamente un crimen. En circunstancias determinadas, la política colonial puede ser obra de civilización". A su vez Bernstein, cuya preocupación consiste en elaborar una especie de derecho internacional para las colonias, apoya la misma línea imperialista. La moción es rechazada enérgicamente por el delegado alemán Ledebourg, pero Van Kol insiste, afirmando: "...No se pueden dejar improductivas las inmensas riquezas ocultas en el subsuelo de Africa y en otros parajes. Deben ser puestas al servicio de la humanidad. Hay muy pocos socialistas que se atreverían a afirmar que en el régimen socialista no serán necesarias las colonias ¿Que sería de la superpoblación de Europa? Se trata de una cuestión de vida o muerte para la civilización". Finalmente y tras la refutación de Kautsky ("No es la humanidad la que hace la política colonialista. Son los capitalistas"), se aprueba una declaración que condena "la política colonial capitalista, los métodos bárbaros de colonización y toda política de robo y conquista".

El congreso de Stuttgart deja valiosas enseñanzas al joven intelectual socialista, hasta entonces residente en Francia, donde compartía el estudio de los problemas políticos y sociales con sus trabajos literarios. La cruda exposición de convicciones colonialistas y racistas por parte de un amplio sector de socialistas europeos, que si bien son derrotados en la votación exhiben la existencia de un chauvinismo que hará eclosión a partir de 1914, impulsa a Ugarte a profundizar sus inquietudes sobre el porvenir latinoamericano, las raíces de la dependencia neocolonial que sufren nuestros países y las formas de acción para combatir esa opresión.

Meses después envía a La Vanguardia de Buenos Aires un artículo donde resume sus conclusiones acerca del reciente congreso internacional. Allí sostiene: "¿Debemos ser antipatriotas? Yo, por mi parte, creo que no. Las declaraciones fundamentales de la Internacional establecen -y ese deseo está vivo dentro de nuestras conciencias- la necesidad de perseguir, con la compleja reconciliación de los hombres, la abolición de las fronteras y el

fin de las demarcaciones de nación o de raza. Pero al lado del ideal lejano, existe, a pesar de nuestros esfuerzos, la realidad de las épocas en que vivimos y los atavismos de los grupos que no han llegado a su completa evolución y conservan en el pensamiento o en la sangre muchas partículas de los antepasados. Si un pueblo se siente agredido ¿debe doblar la cerviz?". Una vez establecido el contexto de sus formulaciones, siempre dirigidas a integrar al socialismo con las realidades y sentimiento nacionales de las masas, prosigue diciendo Ugarte: "Yo también soy enemigo del patriotismo orgulloso que consiste en considerarnos superiores a los otros grupos, en admirar los propios vicios y en desdeñar lo que viene del extranjero. Yo también soy enemigo del patriotismo ancestral, de las supervivencias bárbaras, del que equivale al instinto de tribu o de rebaño. Pero hay otro patriotismo superior, más conforme con los ideales modernos y con la conciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender, contra las intervenciones extranjeras, la autonomía de la ciudad de la provincia, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho de vivir y gobernarnos como mejor nos parezca. Y en este punto, todos los socialistas tienen que estar de acuerdo para simpatizar con el Transvaal cuando se encabrita bajo la arremetida de Inglaterra, para aprobar a los árabes cuando se debaten por rechazar la invasión de Francia, para admirar a Polonia cuando después del reparto tiende a reunir sus fragmentos en un grito admirable de dignidad y para defender a la América Latina si el imperialismo anglosajón se desencadena mañana sobre ella."

No tardó en producirse la respuesta de La Vanguardia , celosa tribuna defensora de las agresiones imperialistas y de las fórmulas internacionalistas abstractas, que veía en la prédica de Ugarte un desviacionismo "nacionalista" incompatible con las tendencias mayoritarias de la agrupación. Resulta entonces pertinente transcribir párrafos del artículo que bajo el altisonante título Imperialismo literario, publica el periódico socialista (18-1-1909): "Manuel Ugarte nos asegura que existe en la América Española una literatura que por los rasgos comunes puede conceptuarse como un todo orgánico una unidad en medio de las demás unidades que concurren a formar la literatura internacional.(...) Volvemos a repetir: en qué consiste esa unidad, es para nosotros un misterio". Y refiriéndose a la exhortación dirigida por el intelectual revolucionario a la juventud sudamericana, para que "plante en Europa su bandera moral", el articulista termina su ataque con palabras tan absurdas como demostrativas de la anemia ideológica de aquellos socialistas argentinos: Conquistar a Europa. (...) Parece pues que maduran iedas imperialistas.(...) No podemos sustraernos a un sentimiento de decepción ante el... (...impresión ilegible.....) ...fanfarronadas".

En la primera década del presente siglo maduraron en Argentina grandes conflictos sociales. Los gobiernos oligárquicos no atinan a otra solución que sancionar leyes represivas, entre las que cabe destacar la llamada de residencia. Su aplicación indiscriminada implicará la expulsión hacia sus países de origen de cientos de los más destacados militantes obreros. El 1º de mayo de 1904 es fusilada por la policía una manifestación de trabajadores anarquistas, quienes durante el acto recordatorio de los mártires de Chicago, declaran: "Que ellos no celebraban la fiesta del trabajo como el Partido Socialista, porque consideraban al trabajo en las condiciones actuales una esclavitud de la clase proletaria , la cual reaccionaba contra la tiranía burguesa y

contra sus lacayos amarillos". Cinco años después, otra columna proletaria es agredida por los cosacos , produciéndose hachos que Alberto Belloni relata en su libro Del anarquismo al peronismo: "El 1º de mayo de 1909 esta clase obrera nuestra que arrastraba su dolor de hambre y sacrificio, saldrá nuevamente a la calle. Va a pisar firme, a erguir su cuerpo, a llenarse de energías en la multitud. La columna de la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) llega a Plaza Lorea. De repente un verdadero infierno se desata sobre ella: sabel, revólver y máuser entran en acción, se descargan sobre los indefensos obreros. Es una 'valiente' forma de hacer la guerra; todo de un lado, nada del otro. El saldo fue de ocho muertos y cuarenta heridos. (...) El 14 de noviembre una bomba arrojada por Simón Radowitzky, (.....) ruso recién llegado al país, mata al coronel Falcón (jefe de la Policía) y a su secretario.

Paralelamente la Unión Cívica Radical desarrollaba una permanente acción insurreccional , manifestada en las revoluciones de 1890, 91, 98 y 1905. En esta ocasión, el entonces movimiento mayoritario da a conocer un manifiesto, debido a la inspiración de Hipólito Yrigoyen, que ratifica las exigencias populares: "(la UCR) va a la protesta armada venciendo la naturales vacilaciones que han trabajado el espíritu de sus miembros, porque contrista e indigna el hecho de que un pueblo tenga que derramar su sangre para conseguir su justa y legítima reparación". El proletariado anarquista lanzado a huelgas y manifestaciones expresivas de los reclamos de las clases explotadas; el radicalismo, interpretando las aspiraciones de los sectores medios de la población y los peones criollos de las provincias, organizando revoluciones civiles, y mientras el Partido Socialista, salvo Ugarte y un puñado de seguidores, dedicado a explicar las ventajas de las cooperativas de consumo y a organizar ligas de templanza entre los trabajadores "para apartarlos del vicio".

Alejado voluntariamente de su país y de las pequeñas intrigas sectarias de su Partido, Ugarte decide emprender un viaje que le permita vincularse con los pueblos latinoamericanos, para de tal modo difundir sus convicciones unificadoras. "El 29 de octubre de 1911 -relata- partía yo con el fin de realizar la gira continental. Quería entrar en contacto con cada una de las repúblicas cuya causa había defendido en bloque, conocerlas directamente, observar de cerca su verdadera situación y completar mi visión general de la tierra americana.(...) Las distintas zonas están tan dolorosamente aisladas entre sí, las informaciones que tenemos sobre ellas son tan deficientes que un argentino habla con más propiedad de Corea que de Guatemala, y un paraguayo sabe más de Alaska que de Cuba."

Llega a la tierra de Martí, sometida a la coyunda imperial de la Enmienda Platt, y resume sus primeras impresiones con firmeza: "El gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos pueden ejercer el derecho de intervenir para la preservación de la independencia.(...) Si entre los terratenientes, los comerciantes o lo políticos no faltan quienes pacten con el invasor y favorezcan mas o menos oblicuamente la infiltración, alegando indistintamente la inexistencia del peligro o la imposibilidad de conjurarlo, la masa honrada y recia de la población urbana o

rural se mantiene desconfiada y hostil ante el extranjero que anula su historia y acapara la riqueza nacional". A los pocos días pronuncia una conferencia en la Universidad de La Habana que merece del diario La Opinión (19-11-1911) el siguiente juicio: "Las aspiraciones que hacen grande a Ugarte, fueron uno de los sueños de nuestro nunca bien llorado José Martí y han de ser el lábaro que una generación sana y vigorosa tremole para ir con él a la victoria, haciendo de estas utopías una religión".

De la isla caribeña se embarca hacia México. Llega a la ciudad capital el 3 de enero de 1912, recibiendo una muchedumbre entusiasta. Tras mantener una entrevista con el presidente Francisco I. Madero, Ugarte advierte que ciertos sectores conservadores presionan para impedir sus disertaciones públicas, al mismo tiempo que la juventud universitaria brega por superar los obstáculos. "Así está la situación -escribe Galasso- cuando muy temprano, por la mañana 'resonó un clamor bajo las ventanas donde me alojaba. Un grupo numeroso de estudiantes subió hasta mis habitaciones. ¡Al Balcón! y me empujaron hasta la barandilla! La calle estaba obstruida por una masa juvenil, a la cual se habían sumado núcleos obreros. Eran los estudiantes de Ingeniería que, al conocer la noticia de que prohibirían mi conferencia, se habían negado a entrar a clase y venían a ofrecer su apoyo al viajero. De la muchedumbre surgió, sobre los hombros de los demás, una silueta que con ademán enérgico ofreció la manifestación. Fue imposible oír lo que decía. En aquel momento desembocaban de la calle Plateros los estudiantes de Bellas Artes y poco después de los de Medicina y Derecho, seguidos por grupos que cubrieron totalmente la avenida interrumpiendo el tráfico. Predominaba el grito ¡Viva México! Una bandera argentina surgió y fue saludada con ovaciones. (...) Cuando al agradecer, emocionado, empecé diciendo: 'En mi calidad de extranjero...' una formidable protesta se levantó en todas partes. 'No, gritaban, usted no es extranjero, usted es mexicano porque viene a defender a nuestra patria'."

Y prosigue el relato de Ugarte en El destino de un continente: "Cuando cité los nombres de Bolívar y San Martín se descubrieron todas las cabezas. Nunca he sentido emoción semejante. Era el desborde de todos los instintos patrióticos que encontraban al fin la válvula de escape en una explosión contra la intriga de los políticos y en un juramento de fidelidad a los idealismos batalladores". Por fin, y no sin sortear diversas alternativas, los jóvenes estudiantes y trabajadores logran que Ugarte pueda hablar en un teatro desbordante. Tres mil personas se agolpan adentro y otros tantos cubren la calle; todos escuchan el mensaje del vocero de la Patria Grande, y aclaman su afirmación: "Yo no he creído nunca en las fatalidades geográficas, yo no he creído nunca que debamos inclinarnos ante la expansión de los fuertes. (...) Algunos han llamado lírica cruzada a mi peregrinación, sin advertir que los lirismos son la vanguardia de las realidades porque la Historia de los pueblos es un milagro de todos los minutos y solo llegan a escalar las cimas los que son capaces de derribar los imposibles".

Al despedirse de México, tras encabezar un homenaje a los Niños Héroes en Chapultepec, declara a un reportero de El Nacional: "Así como debemos buscar en el orden nacional la

justicia y la equidad entre los individuos, debemos perseguir en el orden internacional el respeto a la personalidad y a la independencia de los pueblos. No es posible admitir que el fuerte abuse impunemente de los débiles(...) Aceptar la situación actual es declararse partidario del suicidio(...) Vivimos al día sin ver más allá de las fronteras inmediatas. Mientras la agresión no toma la forma de una bayoneta, no la sabemos ver."

Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, son hitos de su marcha por la liberación y unidad de nuestra latinoamérica desvertebrada. En algunos casos -Guatemala y Nicaragua- las dictaduras imperantes prohíben sus conferencias, aunque ecos de la prédica antiimperialista son difundidos mediante publicaciones clandestinas. Una de ellas, redactada por estudiantes guatemaltecos alude a la inminente visita del secretario de Estado norteamericano con acento dramático. "El latino se adelantó al anglosajón. Manuel Ugarte a Knox. El pensamiento es más ligero que el águila. Vino el hermano a nuestro hogar y lo arrojamos de él. Viene el falso amigo y lo recibiremos de rodillas. La ciudad se angalana y se gastan millones de pesos en fiestas y banquetes porque hace tres días que no come. El pensamiento de Ugarte, como nuestro quetzal, no puede vivir donde no haya libertad. Por eso no puede estar entre nosotros. El águila del norte viene a conocer el rebaño. El pueblo de Guatemala protesta enérgicamente por la salida de Ugarte y por el recibimiento de Knox".

Toda Sudamérica sabrá también de sus pronunciamientos, unánimamente aclamados por los pueblos e ignorados sistémicamente por los gobiernos. En esos momentos el presidente norteamericano Taft, declaraba: "No está lejano el día en que tres banderas de estrellas y barras señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro de hecho, como en virtud de nuestra superioridad de raza, ya es nuestro moralmente". No obstante, los miopes colonizados del partido Socialista de Argentina seguían criticando a Ugarte su nacionalismo latinoamericano, encandilados por el progresismo yanqui, y manifestaban a través de Justo: "Nada de extraño pues que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituido siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras". Idénticos juicios mereció al impávido cipayo la anexión de Puerto Rico y la invasión de los marines a Cuba. ¿Puede extrañar entonces que las autoridades del Partido recriminen a Ugarte su lucha por la unificación del continente y sus alegatos contra la agresión imperialista? Ni bien llegado a Buenos Aires -lamentable excepción a los clamorosos recibimientos de homenaje al gran precursor- el comité ejecutivo del PS se reúne con el objeto de analizar las conferencias y declaraciones de prensa que Ugarte realizó durante su gira. En el transcurso de la reunión y refiriéndose a las definiciones nacionalistas emitidas por el virtual encausado, uno de los internacionalistas dice: "Una carne con cuero es preferible a la bandera". Ugarte contestó "que la independencia Argentina y la de América no se habían hecho con una carne de cuero clavada en la punta de una lanza, sino con nuestros colores gloriosos y repetados". El debate concluye sin resoluciones definitivas aún, pero los caminos ya

están irreductiblemente trazados: Ugarte con la línea histórica revolucionaria de las masas latinoamericanas; la dirigencia del Partido Socialista con el colonial capitalismo opresor y despreciativo de nuestros pueblos. La expulsión que meses más tarde ejecutan contra Ugarte, sanciona formalmente un hecho público y notorio: los socialistas habían dejado de serlo, si es que alguna vez lo fueron, y marchaban hacia los sucesivos contubernios con la oligarquía que caracterizaron su trayectoria hasta nuestros días. El abanderado de la causa patriótica de América Latina seguiría fiel a sus convicciones, de acuerdo a lo sintetizado en el discurso que dirigió en abril de 1912 a los obreros de San Salvador: "Debemos prolongar en el Nuevo Mundo la tradición latina (...) Debemos preservar colectiva, nacionalmente, continentalmente, al gran conjunto común de ideas, de tradiciones y de vida propia, fortificando cada vez más el sentimiento que nos une para poder realizar en el porvenir entre nosotros y de acuerdo con nuestro espíritu, la democracia total que será la patria grande de mañana. Yo creo, en los momentos porque atravesamos, que el socialismo tiene que ser nacional".

Vigencia de Ugarte

Cincuenta años dedicó Manuel Ugarte a sus campañas continentales, retomando sobre nuevas bases el pensamiento bolivariano y las luchas que en el Río de la Plata llevaron a cabo San Martín y Artigas. Frente a la distorsión de un socialismo desarraigado de las masas nativas, alejado de sus tradiciones, desdeñoso de sus manifestaciones nacionalistas auténticas, levantó la consigna de una síntesis necesaria e ineludible. Víctima de la incompreensión de las inteligencias colonizadas de Iberoamérica, cuyos pretendidos vanguardismos apenas si ocultaban la influencia anglonorteamericana, postuló la integración de las culturas autóctonas con los aportes extranjeros, no para imitar sino con la intención de asimilar y superar. Combatido sin tregua por el imperialismo y las oligarquías, en ningún lado como en su país argentino supo del agravio, la indigencia y el olvido. Recluido voluntariamente en Francia y luego en Chile, regresa a Argentina cuando finaliza la Segunda Guerra Mundial y a instancias de la transformación político-social encabezada por el Peronismo.

El 13 de mayo de 1946 llega a Buenos Aires y declara- sorprendiendo así a los superficiales seguidores de Braden, solicitantes de la intervención norteamericana y seudocríticos del populismo-: "Creo que ha empezado para nuestro país un gran despertar (...) Cuando lo que se atribuían el monopolio de la democracia tuvieron que reconocer que Perón ganaba en los distritos esencialmente populares, empezaron a cifrar su esperanza de rescate en la influencia que podían ejercer en los barrios céntricos. ¿Que democracia es esa, que necesita esperar el asfalto para defender su credo y reniega de la opinión de las zonas esencialmente proletarias? Era y es, sin duda alguna, "la democracia" de los que proscribieron el pueblo y reprimen sus manifestaciones en nombre de "la libertad"; es, en definitiva, la curiosa concepción de las minorías entreguistas que confunden sus intereses con los del país".

Manuel Ugarte comienza hoy a conocer el triunfo que las clases dominantes de América Latina, sumisamente subordinadas al imperialismo de turno, le negaron en su larga lucha liberadora. Con los demás precursores de la emancipación de nuestro continente mestizo, que supieron de idéntico destino de persecuciones y destierros, Ugarte sigue ganando batallas después de muerto. Su divisa antiimperialista y unificadora está encarnada en los pueblos y estos, jornada a jornada se acercan más al ideal del socialismo y de la Patria Grande.



3. El Congreso Panamericano de Buenos Aires

Por Manuel Ugarte

Periódico "El Día", Domingo 20 de Abril de 1975.
Suplemento Dominical "El Gallo Ilustrado"

Con motivo del cuarto Congreso Panamericano que, después de tantas dudas y postergaciones, debía reunirse en Buenos Aires en 1910, quedaron subrayadas una vez más las inquietudes que levanta en el Nuevo Mundo la tendencia imperialista; y acaso no resulte inútil insistir sobre los antecedentes y las consecuencias de esa asamblea, que dio lugar a tantas discusiones en la América española.

La atmósfera en la cual se iniciaron los primeros trabajos no pareció ser la más propia para favorecer la misión paradójal que el Panamericanismo persigue. Unas repúblicas hicieron esperar su respuesta a la invitación, otras insinuaron que asistirían por cortesía. Convocada para el 25 de mayo, la conferencia fue aplazada varias veces. Nadie hacía gala de entusiasmo. Se acumulaban los inconvenientes. Y como si la casualidad traviesa se recreara en el desorden, asistimos a una serie de conflictos que distanciaron a algunas repúblicas hispanoamericanas entre sí y alejaron a varias de ellas de los Estados Unidos.

El desacuerdo del Uruguay con la Argentina con motivo de la división de las aguas, el desgraciado arbitraje de esta última nación en el litigio entre el Perú y Bolivia, la situación flotante del Paraguay, solicitado por dos naciones limítrofes, y las rivalidades viejas de varios Estados de la América Central, acentuaron los resultados penosos del desmigajamiento que debilita a nuestra América. No había guerras ni rupturas ruidosas, pero se sentía el malestar de núcleos trabajados por agitaciones confusas. La inclinación a perseguir vanas hegemonías y las ingenuas ambiciones de preeminencia de los Estados más prosperos dieron lugar a un tejido de intrigas tan complicado como pueril. Todo ello no puede comprometer nunca, naturalmente, la unidad superior de las repúblicas hermanas. Se trata, por así decirlo, de simples querellas de familia que estallan y se extinguen sin dejar rencores. Pero por superficiales que fueran los enojos, ese recrudecimiento de rivalidad y de mal humor se reflejó sobre el éxito y la composición de la asamblea.

Sin embargo, esta circunstancia no hubiera sido obstáculo para la reunión de un congreso fraternal. Lo que determinó la indiferencia y la sorda hostilidad que comprobamos, fue la política complicada y sutil del imperialismo.

El conflicto con Chile, que puso en evidencia el deseo de utilizar pretextos de orden comercial para hacer sentir una presión política; y sobre todo, los acontecimientos de Nicaragua, donde los extraños intervenían abiertamente, sin esconder sus propósitos, despertaban en ciertas regiones un revuelo de inquietudes. Los diarios de Colombia y de la América Central estaban llenos de ardientes proclamas patrióticas y de llamadas supremas al patriotismo. En todas partes asomaba el recelo, el rencor, la desconfianza. Y la prensa de Nueva York contribuía a agravar la situación. El Washington Times, que por ser órgano oficioso de la cancillería, insinuaba la necesidad de establecer estaciones navales estratégicas en las cercanías del Canal, tanto del lado del Pacífico como del Atlántico, poniendo así en tela de juicio, no sólo la autonomía de la América Central, sino la del Ecuador, Colombia y Venezuela.

Con esta publicación coincidía otra que, fue muy comentada por la prensa hispanoamericana. Un diario que se publica en los Estados Unidos en idioma castellano, Las Novedades, se hizo eco de proyectos que, según él, acababan de ser estudiados por la famosa Oficina de Repúblicas. Se trataba de proceder a un fantástico reparto del Nuevo Mundo entre las cinco naciones más fuertes. México, con el consentimiento de los Estados Unidos, absorbería la América Central, abandonando a Norteamérica amplios territorios en las cercanías del Canal (lo que es hoy la República de Costa Rica y las islas Clipperton) y comprometiéndose a crear en el punto culminante de la comunicación entre los dos océanos, del lado del Pacífico, un nuevo Gibraltar. Lo demás sería reunido en tres grupos. La Argentina se apoderaría del Paraguay, el Uruguay y las provincias del Perú y Bolivia que dan hacia el lado oriental de la cordillera de los Andes. El Brasil dominaría a Venezuela y las comarcas de Colombia y Ecuador situadas del mismo lado. Para Chile quedarían toda la costa del Pacífico, hasta las posesiones del istmo. Y los Estados Unidos, directores supremos de esta gigantesca remoción, se afirmarían de una manera definitiva en las Antillas, ensanchando sus posesiones alrededor del Canal y reservándose islas, puertos y derechos superiores en todas partes.

Lo que había de novelesco y de irrealizable en esta concepción no impidió que la opinión pública se conmoviera en algunos países. Las dieciséis repúblicas suprimidas brutalmente por el peligroso soñador hicieron oír su protesta, y un importante diario de Bogotá, El Nuevo Tiempo, sintetizó el pensamiento general en un artículo, que fue ampliamente reproducido y comentado: "No queremos tomar en serio -decía en síntesis- lo que no puede nacer más que de la fantasía de un escritor, ávido de sensacionalismos. Para distribuir así en jirones nuestras nacionalidades serían necesarias innumerables guerras. El peligro para nosotros no vendrá

jamás del Brasil, ni de la Argentina ni de Chile, ni de México. El único peligro real reside en las ambiciones formidables de los Estados Unidos."

Otro incidente que hirió el sentimiento público en las Antillas fue el que se produjo en Cuba. Dos diputados cubanos, que no eran, según parece, de pura raza blanca, acariciaron una noche la idea de tomar una taza de café en uno de los grandes hoteles que existen en La Habana desde que esta ciudad es frecuentada en invierno por los millonarios norteamericanos. Los sentimientos de éstos hacia los negros son conocidos, y el director del establecimiento, sabiendo que basta la presencia de un hombre de color para hacer el vacío, invitó a los legisladores a retirarse. Pero los cubanos protestaron y se dirigieron a los tribunales. De ahí un proceso, que se tradujo en multa al establecimiento, y de ahí un recrudecimiento de hostilidad.

Tal es la atmósfera en que debía celebrarse lo que un diario centroamericano llamó "un congreso de ratones, presidido por un gato".

Los países que aceptaron la invitación se encontraron ante el programa siguiente: 1º., instalación e inauguración de la conferencia; 2º., conmemoración del centenario de la Revolución de Mayo y de la independencia de las Repúblicas hispanoamericanas; 3º., memorias de diversas delegaciones, en lo que toca a las resoluciones adoptadas por sus gobiernos respectivos sobre la tercer conferencia panamericana de Rio de Janeiro; informes de las Comisiones panamericanas de los diferentes países y estudio de un proyecto para prorrogar el mandato de esas Comisiones; 4º., informes del director de la Oficina de Repúblicas hispanoamericanas sobre la organización de esta institución y sobre las mejoras que es posible introducir en su funcionamiento; 5º., resolución agradeciendo a Mr. Andrew Carnegie el donativo que hizo a la oficina, donativo que permitiría construir un palacio; 6º., informe sobre los progresos alcanzados en la construcción del ferrocarril panamericano y sobre el concurso que las diferentes Repúblicas pueden prestar para facilitar la terminación de la línea intercontinental; 7º., bases para un servicio rápido de navegación entre las Repúblicas Americanas; 8º., medidas para unificar los documentos consulares, los censos y las estadísticas comerciales; 9º., creación de una Conferencia sanitaria internacional, reglamentación

de la inspección sanitaria y leyes para impedir la propagación de las enfermedades; 10º., estudio de una Convención entre las Repúblicas americanas en lo que toca a las patentes, las marcas de fábrica y la propiedad intelectual y literaria; 11º.- continuación de los Tratados relativos a las reclamaciones pecuniarias después de su expiración; 12º., plan para favorecer el intercambio de profesores y estudiantes de las Universidades y Academias de los diferentes países americanos; 13º., resolución en honor del Congreso científico Panamericano celebrado en Chile en 1908; 14º., autorización a la Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas de

Washington para determinar la forma en que la América Latina intervendrá en la inauguración del Canal de Panamá; 15^o., futuras conferencias panamericanas .

Acaso este programa contribuyó también a aumentar el desgano de algunas Repúblicas hispanoamericanas, poco dispuestas a reunirse para sancionar cosas ya decididas. Dejando de lado los números 1,2,3,13 y 15, que sólo se refieren a cortesías protocolares y a la organización interior de la Conferencia, se advertía que, sobre diez asuntos a tratar, tres solamente podían tener un interés general: los que llevan los números 7,8 y 9. Los demás sólo eran favorables para la política, el prestigio y la expansión imperialista. El 4 tendía a robustecer y perfeccionar el mecanismo sutil y flexible que le da un derecho superior sobre todo el continente; el 6 insistía sobre un proyecto que, en caso de realizarse, sería el más poderoso factor de infiltración y de conquista; el 10 sólo favorecía a los Estados Unidos, puesto que la América española, desde el punto de vista industrial, como desde el punto de vista intelectual, no es todavía país de exportación; el 12 preparaba de la difusión de las ideas anglosajonas en las comarcas de cultura latina, y el 14 ponía en tela de juicio atribuciones que pertenecen exclusivamente a cada República. Se advertía la superioridad, dispuesta a sacar partido de todas las debilidades, de una gran nación en lucha con países inexpertos.

Todo ello era resultado de una concepción errónea del presente y del porvenir. Los Congresos panamericanos reposan sobre una ficción, sobre un olvido de las realidades. Sabemos que hay dos Américas y que entre ellas sólo asoman las razones de acercamiento que pueda crear mañana la mutua comprensión. Origen, lengua, religión, todo es diferente. ¿Como discutir en común los intereses de dos razas, de dos civilizaciones? Obstinar en afirmar que los Estados Unidos y el conjunto de las Repúblicas hispanoamericanas tienen idéntico destino porque los dos grupos se desarrollan en el mismo continente, equivaldría a creer- ya lo he dicho en otra oportunidad- que Francia y Alemania deben seguir una política fraternal, porque ambas son naciones europeas. En América no hay por hoy más que un acercamiento posible, y es el que impone la Historia y el origen entre los pueblos que ocupan la parte sur del Nuevo Mundo.

Pero el error de examinar en conjunto los intereses de dos grupos divergentes se unía otro más peligroso aún. Mientras los cien millones de anglosajones llevaban al Congreso una delegación homogénea y única, encargada de defender una política definida y delimitada de antemano, los 80 millones de hispanoamericanos debían estar representados por veinte delegaciones rivales, que perseguían fines contrarios, que no veían más que el interés inmediato de sus Repúblicas respectivas y que abandonaban a los Estados Unidos el papel prestigioso de director y árbitro supremo. La desproporción entre la fuerza, el espíritu de prosecución y la seguridad de programa de aquéllos y la blandura y la falta de ideal de éstos era tan visible, tan clara, que la simple enunciación de un Congreso dejaba adivinar los resultados. Lejos de concertarse para oponer una doctrina común, las Repúblicas latinoamericanas sólo parecían dispuestas a interesarse en debates que les permitieran

sobreponerse las unas a las otras. Y ésa era la debilidad fundamental que aprovechaba el imperialismo.

El deseo que tiene cada Estado hispanoamericano de ser considerado en sí mismo, aislado del conjunto, como si formara una entidad aparte, es, por lo menos, prematuro. Las Prusias minúsculas que compran sus armamentos en el extranjero y los pequeños Eldorados que no saben manufacturar sus productos se creen al abrigo de todo peligro cuando tienen en jaque al vecino inmediato. Pero las más prósperas de esas Repúblicas, aun aquellas que parecen enormes al lado de las otras, no son todavía más que organismos incompletos, menos poblados que Rumania, con menos ferrocarriles que Australia y menos escuelas que el Canadá. Si salimos de la relatividad del continente se desvanece su grandeza. Una sola provincia rusa es más vasta que cualquiera de esas Repúblicas, con excepción del Brasil. Reuniendo la población de las veinte Repúblicas hispanoamericanas, no reunimos ni la quinta parte de la que Inglaterra tiene en sus colonias. Y si las comparamos con los Estados Unidos, la debilidad es aún más visible. Tres países reunidos: Bolivia, Paraguay y Uruguay, suman, juntos, menos habitantes que la ciudad de Nueva York. El total de las exportaciones de dos grandes entidades hispanoamericanas (Argentina y Chile) no llega a equilibrar en pesos oro lo que los Estados Unidos producen en algodón solamente. Uno solo de los 45 Estados norteamericanos (Pensilvania) tiene una población superior a la de república Argentina, y tres ciudades de los Estados Unidos (Nueva York, Chicago y Filadelfia) reúnen más habitantes que nueve países hispanoamericanos: Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, San Salvador, Santo Domingo, Cuba, Uruguay y Paraguay en bloque. En su desmigajamiento actual, nuestras repúblicas no pueden oponer ninguna resistencia a las naciones imperialistas. Sólo alcanzan una importancia afectiva considerada en el conjunto de sus 20 millones de kilómetros cuadrados, habitados por 80 millones de hombres.

Los resultados de la dispersión los vemos, no sólo en los Congresos panamericanos, donde esos países se agitan sin doctrina, sino en el avance incesante de la frontera que separa al Nuevo Mundo anglosajón del Nuevo Mundo latino.

En estas condiciones, los Congresos panamericanos sólo tienden a prolongar una ilusión peligrosa. La asamblea de Buenos Aires sólo hubiera podido alcanzar eficacia en caso de hallarse capacitada para examinar con franqueza los grandes problemas de América: el porvenir de las Antillas, la intervención extranjera en las guerras civiles o la situación de Nicaragua y Panamá, que son las llaves del comercio de la mitad de la tierra. Reducida a deliberar sobre el programa enunciado, sólo fue una continuación de la que se celebró en Río de Janeiro.

Los Congresos hispanoamericanos podrían dar, en cambio, excelentes resultados. Si en vez de sacrificar su personalidad para ponerse a la zaga de un país extranjero en asambleas

confusas, que sólo tienden a favorecer el prestigio de un tutor y a aumentar sus peligrosas ambiciones, se congregasen las repúblicas de cultura latina dentro de su órbita étnica, dentro de su ambiente ideológico, para cultivar y robustecer su nacionalidad superior, surgiría en la política internacional un factor nuevo. Los países de origen hispano tienen, no solamente un pasado, una composición y un carácter que se confunden, sino inquietudes paralelas e intereses idénticos, que pueden ser examinados sin molestia para nadie en una atmósfera fraternal. El malestar que se nota en las asambleas actuales desaparecería una vez eliminado el componente extranjero, que no puede fundirse con los demás elementos y entorpece el estudio de problemas que, más tarde o más temprano tendremos que resolver colectivamente.

En el Congreso de Buenos Aires fueron dejadas de lado voluntariamente todas las cuestiones que tocan a los desarrollos vitales de América; pero se produjeron dos hechos nuevos que subrayan el antagonismo inevitable. Los Estados Unidos, fieles a su programa, se apoderaron definitivamente de la concesión para el ferrocarril continental, y por la primera vez en esa clase de asambleas, se levantó una voz para denunciar la táctica de la política imperialista.

Lo que primero salía a los ojos al examinar las luchas y las sutiles intrigas que agrietaron a las diversas delegaciones durante seis semanas de duplicidad y de fiebre, es la habilidad de que dieron prueba los representantes de los Estados Unidos. De acuerdo con las instrucciones que recibieron de Mr. Knox -instrucciones que fueron publicadas debido a una indiscreción, por La Prensa de Buenos Aires- debían evitar toda dominación ostensible. En cambio, en los trabajos de las Comisiones, en los entretelones, debían dirigirlo todo, tratando de que esa dirección permaneciera invisible. Claro está que la aparente humildad no los llevó hasta el sacrificio de la preeminencia acostumbrada. Como el pabellón de cada país debía flotar un día sobre el local donde se celebraba el Congreso, escalonando a las naciones por orden alfabético, los Estados Unidos se transformaron en "América del Norte", con el único fin de inaugurar la serie. Pero fuera de esas habilidades, que tienen el sabor de una vanidosa travesura infantil, la delegación norteamericana fue, desde el punto de vista de los intereses que defendía, superiormente diplomática. Los señores White, Nixon, Moore y Crowder se limitaron a obtener ventajas tangibles.

La táctica consistió en admitir como posible para todos los países representados, lo que sólo los Estados Unidos están en situación de realizar. Fue así como el artículo 2º de la orden del día referente a las comunicaciones (-----ilegible-----) aconsejó a las repúblicas americanas la conveniencia de "celebrar entre ellas recíprocas convenciones, con el fin de establecer servicios directos, de acuerdo con las necesidades de su comercio."

Claro está que, como ninguna de las repúblicas de origen español se halla hoy preparada para intentar esas empresas, la resolución de orden general no era, en realidad, más que una

concesión. Sobre todo, si se tienen en cuenta los artículos complementarios: "3º Recomendar en todos los casos en que una o varias naciones representadas en esta Conferencia establezcan por iniciativa nacional una o varias líneas de vapores con una o varias de las naciones adherentes, y que los barcos destinados a ese servicio disfruten en los puertos que recorran de todos los privilegios concedidos a los barcos que lleven la bandera de los puertos donde hagan escala. 4º Recomendar que no se haga ninguna concesión de ferrocarril, sea ella particular o garantizada por el gobierno, que pueda autorizar a establecer en favor de barcos que entren o salgan de los puertos de un Estado, privilegios o tarifas especiales que no sean aplicadas igualmente a los barcos empleados en el comercio directo con los Estados representados en este Congreso."

El tejido casi invisible de restricciones y de compromisos que formaba el fondo de la mayor parte de las resoluciones oscuras y complicadas, no se aplicaba naturalmente a la nación imperialista que ha salvado hace tiempo las etapas por las cuales atraviesa ahora la América española. Se emplearon todos los medios para encadenar el porvenir y poder dictar mañana la ley a los vecinos débiles; y bajo el manto de una igualdad convencional, sólo apareció, en realidad, el esfuerzo previsor del imperio que persigue la dominación continental.

El entusiasmo con que los Estados Unidos se empeñan en obtener la realización del ferrocarril panamericano es una prueba de ello. Se trata como todos saben, de una empresa puramente política. No hay ninguna razón de orden comercial que exija la construcción de las 5 mil millas de vía férrea que faltan para enlazar las ya construidas y

completar las que separan a Washington de Buenos Aires. Todos comprenden que los beneficios estarían lejos de equilibrar los sacrificios pecuniarios que la empresa exige. El proyecto sólo tiende a poner en contacto a los grandes centros manufactureros del norte con el extremo del continente y a favorecer la irradiación de su influencia, aplicando a la América del Sur, con las modificaciones que exige el medio, los sistemas de infiltración que las grandes naciones de Europa han empleado siempre en los países lejanos. En este orden de ideas, sus delegados hicieron votar en el Congreso una cláusula según la cual "la preferencia para la construcción será concedida a los capitales y a la industria norteamericana", confirmando de esta suerte las palabras del señor Taft cuando era ministro del señor Roosevelt, en su discurso del 22 de febrero de 1906: "Las fronteras de los Estados Unidos terminan virtualmente en Tierra del Fuego".

A esta diplomacia conquistadora, las delegaciones hispanoamericanas sólo supieron oponer pesadas declamaciones y querellas inútiles. La inferioridad de los representantes hispanoamericanos, desde el punto de vista de la orientación, fue tan evidente, que vale más no insistir en ello. No es posible decir que la América española salió disminuida de la prueba;

pero es indiscutible que, a causa de la incapacidad de nuestra diplomacia, perdió un terreno que será imposible reconquistar.

Las declaraciones que algunos de nuestros delegados hicieron a la revista Caras y Caretas de Buenos Aires, exteriorizan un extraño estado de espíritu. Junto a la hábil sobriedad del presidente de la delegación norteamericana señor White, quien dijo: "Cualquiera que sea el resultado de la cuarta conferencia internacional de los Estados americanos, no hay duda de que todos los delegados llevarán un recuerdo agradable de la acogida y la hospitalidad de los que habitan esta hermosa ciudad americana" (evita pronunciar el nombre del país, para hablar de los Estados del continente, como si todos formaran o debieran formar parte un día de la gran Confederación), no encontramos más que palabras ingenuas o imprudentes.

"Las Conferencias panamericanas están llamadas a prestar mavarillosos servicios a la causa de la cordialidad de relaciones entre los pueblos del continente; acercar a los hombres notables de los diversos países es hacer una política internacional de resultados positivos; de esos acercamientos han salido siempre cosas útiles para la humanidad, que aspira a una coordinación perfecta", dice el señor Chuchaga Tocornal, delegado de Chile.

"El resultado de las Conferencias panamericanas será una mayor inteligencia y una unión más firme entre nuestras repúblicas, una idea más clara y más perfecta de la responsabilidad internacional y, sin duda alguna, una sanción más eficaz en la falta de fidelidad a los deberes internacionales; quién sabe si después de todo, ellas no nos llevan a una gran confederación americana", pronosticó audazmente el señor Porras, delegado de Panamá, que parece no temer la absorción de su minúsculo país por los dueños del canal.

"La Conferencia panamericana confirma las tendencias a una aproximación cada vez más grande de todos los pueblos civilizados, en vista de los deseos superiores de la humanidad, cada vez más poderosos en nuestros tiempos", afirmó el delegado cubano Gonzalo de Quesada, como en un discurso de juegos florales.

Y el delegado de México, señor Salado Alvarez, dijo: "Nuestra América parece un bosque gigantesco, donde los árboles frondosos absorben la salvia misteriosa y el agua milenaria depositada en las capas del subsuelo, al mismo tiempo que ofrecen en sus cimas elegantes un nido colosal a los pájaros del cielo, lo mismo a los condores que parecen trozos de aerolitos desprendidos de un mundo muerto, que a las humildes golondrinas, que, al volar, toman la forma de una hoja opaca y aguda de puñal lanzado por una mano hábil".

Se comprende la facilidad con que maniobraron los Estados Unidos en medio de estos oradores grandilocuentes. La Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas, que es en Washington el mecanismo principal de la política imperialista, centuplicó su influencia. La falta de previsión que dio lugar a la entrega en el porvenir de las comunicaciones marítimas y del ferrocarril panamericano, se agravó con los artículos complementarios que se refieren a la sanidad, las patentes de invención y todo lo que puede contribuir a aumentar el poder y la influencia del gran país que avanza sin cesar hacia el sur, aprovechando las inexperiencias, las ambiciones y las pequeñas rivalidades de frontera.

Los líricos delegados hispanoamericanos resultaron, en suma, en su conjunto, el mejor argumento en favor del imperialismo. Si fuera necesario medir la vitalidad y las aptitudes de cada República por la representación que tuvo en el Congreso, habría que admitir que todas están a dos pasos de su pérdida. El miedo de hablar, de obrar, hasta de pensar, inmovilizó los labios y los cerebros de los que por representar a países relativamente importantes estaban obligados a hacer gala de mayor firmeza. Pero ¿cómo arriesgar una palabra en las condiciones que conocemos? El error fundamental de la diplomacia hispanoamericana les condenaba al silencio. La Argentina, el Brasil y Chile mantenían una sorda rivalidad. Los tres países se acusaban recíprocamente de aspirar de una manera más o menos clara a ejercer la hegemonía local. Los Estados Unidos eran para ellos el magnate cuyo favor puede inclinar la balanza. Una nube de diminutos diplomáticos argüía: "Hay que dejarlos hacer ahora, para que, llegado el caso, no obstaculicen mañana nuestra acción." Política de objetivos limitados, desprovista de amplia visión, que da a nuestras Repúblicas el aspecto de una confución de carros sin ruedas, a los cuales hubieran atado briosos caballos guiados por ciegos.

Pero un territorio de veinte millones de kilómetros cuadrados, habitado por ochenta millones de hombres, no llega nunca a perder completamente la noción de sus verdaderos intereses. Pueden algunos hombres complacerse en el error. Pero el buen sentido general llega siempre a abrirse paso y a encontrar una expresión. Fué así como las tendencias de resistencia y de emancipación que venimos defendiendo en contacto con la juventud de América, encontraron eco entre algunos diplomáticos, rompiendo en cierto modo la uniformidad indisciplinada del Congreso.

Nada más sintomático que esas voces inseparadas y valientes. Los tres hombres que de una manera más o menos directa marcaron por la primera vez en una asamblea de ese género su oposición a la política imperialista, fueron consecuentes con el pasado de la América Latina.

Primero, el presidente de la delegación del Uruguay, señor Gonzalo Ramírez, que al tratar de las reclamaciones pecuniarias, recordando el caso Alisop, encontró manera de conciliar un instante las voluntades dispersas de los delegados hispanoamericanos, para hacer fracasar la tesis anglosajona. Fué, después, el delegado de Venezuela, Sr. César Zumeta, quien propuso que el presidente de la Oficina de Repúblicas Hispanoamericanas, no fuese siempre el secretario de los Estados Unidos. Según él, el dictador de esta institución debía ser elegido cada tres meses entre todos los delegados. Claro está que la moción fué rechazada. Dada la atmósfera reinante, sólo aspiraba a ser, por otra parte, una manifestación platónica. Pero exponer esa tesis equivalía a colocar a todos los países sobre un pie de igualdad, marcando un vigoroso empuje hacia la autonomía moral.

Ese sentimiento, desarrollado en toda su amplitud, fue el que inspiró al Sr. Américo Lugo, delegado de Santo Domingo, su memorable discurso. Con el pretexto de definir el sentido de una fórmula protocolar, ensanchó el debate. "El bien general de nuestro continente -dijo- exigiría una declaración de respeto absoluto a la independencia de cada una de las naciones de América. Ese respeto implicaría la sumisión obligatoria e inmediata de todas las cuestiones de límites al principio superior del arbitraje; la consagración del principio de no intervención en los asuntos interiores de ningún Estado americano, lo mismo de parte de los Estados europeos que de los estados americanos, y la expresión de un voto perpetuo para que una pacífica evolución política reintegre un día dentro de su raza y su natural destino a los países que han sido anexados por el pretendido derecho de guerra". El Sr. Lugo estableció en seguida que en América no hay divisiones de nacionalidad, sino demarcaciones de raza. "El deseo de bienestar general nos conduciría a la cultura de los elementos étnicos originales que constituyen la personalidad de cada una de las naciones americanas, y para ello bastaría con dejarse guiar

por la Naturaleza y por la Historia, que han dividido el Nuevo Mundo en dos partes". Y el delegado de las Antillas terminó enérgicamente: "Sin esta interpretación ideal, el programa de la IV Conferencia Panamericana será ciertamente estimable, pero no responderá al pensamiento ni a las inspiraciones actuales del continente. Es necesario tener el valor de decirlo, porque América está sedienta de verdad; las naciones constituídas, prósperas y ricas, buscan mercado; las que todavía son débiles y pobres, buscan paz, estabilidad y libertad. Yo creo más en la virtud que en la riqueza. El ideal es tan necesario como el pan. Pensar otra cosa y esconderla, es deshonorar a la diplomacia. La sinceridad es el pudor de las naciones".

Para tener una idea de los comentarios que provocó este requisito, basta recordar lo que La Nación, de Buenos Aires, dijo al día siguiente: "Es quizá la primera palabra de interés general que resonó en la sala. Alguien que simpatiza con el pensamiento del Sr. Lugo recordó, oponiendo a una crítica protocolar un ejemplo clásico, que el delegado que hablaba en nombre de un pueblo modesto y pobre, y que rompía con el tono convencional de las sesiones, podía parecer tan inoportuno y al mismo tiempo tan elocuente como lo fue en 1857, en el Congreso de París, el humilde delegado del Reino de Cerdeña llamado Cavour, que planteó el primer jalón de la obra política más brillante de los tiempos modernos. Las Antillas dieron ayer la nota sensacional. El señor Lugo habló con franqueza. En un artículo de periódico, sus frases hubieran parecido casi circunspectas. En la tribuna continental fueron asperas y disonantes. Dijo cosas que, como todas las que se dicen con resolución, parecieron verdades. Puso de relieve la falta de ideal, del objetivo común, de plan y de programa en la Conferencia. Y como asumió la defensa de los débiles, levantó todos los corazones. Dio lugar a una gran expectativa y determinó cierta inquietud. Los que estaban allí para defender sus intereses y no para hacer imprudencias, se preguntaron hasta dónde podían llegar las cosas ante una actitud semejante."

Eco de concepciones diplomáticas temerosas, el Congreso Panamericano de Buenos Aires significó, en conjunto, a pesar de algunas gallardías, una aplastante victoria de los Estados Unidos y un nuevo revés de la diplomacia hispanoamericana, si es que es posible llamar diplomacia hispanoamericana a las ambiciones regionales servidas por hombres poco preparados para abarcar amplios horizontes. Pero tuvo, por lo menos, la utilidad de subrayar oficialmente, aquí con las palabras, allá con los silencios, un antagonismo de ideales entre las dos Américas.

* Fragmento tomado de La Patria Grande.

